

La Reforma del siglo XVI y la necesidad de una reforma hoy

Dr. Justo L. González



Conferencia Reforma Pt. 5
México

La Reforma del siglo XVI y la necesidad de una reforma hoy

(5 de 5)

Cuando hablamos acerca de la reforma del siglo XVI, es costumbre empezar hablando de toda la corrupción que existía antes de esa reforma. Se nos habla de la práctica de comprar y vender cargos eclesiásticos, que recibía el nombre de “simonía” por razón de la historia de Simón Mago en el libro de Hechos, quien quiso comprar el poder del Espíritu Santo. Se nos habla del pluralismo y el absentismo, de tal modo que sacerdotes y prelados podían ocupar más de un cargo, a veces distantes el uno del otro, recibir los ingresos de todos ellos, y rara vez presentarse al lugar de sus supuestas tareas. Se nos habla de niños de 10 o 12 años hechos obispos y hasta arzobispos. Se nos habla de un descuido de los estudios bíblicos. Se nos habla de prácticas y supersticiones que era necesario suprimir. Se nos habla de un papado corrompido y más interesado en el embellecimiento de Roma que en sus obligaciones pastorales.

Entonces, en contraste con toda esa corrupción, se nos habla acerca de personajes como Martín Lutero, Juan Calvino y muchos otros, que se dedicaron asiduamente a la reforma de la iglesia.

De ese modo, se nos da a entender que la reforma de la iglesia tiene lugar cuando en medio de una iglesia corrompida tanto en sus prácticas como en su doctrina surgen aquellos que se ven en la necesidad de protestar contra tal corrupción.

Todo eso es cierto. Pero al hablar de la Reforma como si fuera resultado de todo eso se nos olvida que la verdadera causa de toda buena reforma dentro de la iglesia no es la corrupción existente, ni tampoco el celo y la devoción de los reformadores. La verdadera causa de toda buena reforma dentro de la iglesia es obra del Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo reforma a la iglesia, no solamente porque esté corrompida, ni porque esté equivocada, sino más bien porque la reforma es elemento esencial dentro de la vida de la iglesia.

Esto se debe a dos razones. La primera de ellas tiene que ver con el carácter de la iglesia como pueblo sacerdotal y misionero. Esto quiere decir que el contexto en el cual la iglesia da su testimonio y cumple su misión debe afectar también el modo en que la iglesia actúa, se organiza y se entiende a sí misma. Una iglesia que fue muy pertinente hace cien años, bien puede no serlo hoy. Y en ese caso necesita reforma. Tal reforma no se debe entonces a que la

iglesia se haya desviado, sino sencillamente a que ha seguido haciendo las cosas como antes en medio de un mundo que cambia rápidamente. Tal iglesia está necesitada de reforma, no porque haya en ella pecados egregios, sino sencillamente porque como pueblo sacerdotal y misionero tiene que relacionarse con las circunstancias en que vive.

La segunda razón por la que la reforma de la iglesia es necesaria se entiende mejor si la relacionamos con lo que Lutero y otros reformadores decían, en el sentido de que todo creyente es “a la vez justo y pecador”. La justicia del pecador no está en que deje de pecar, sino en la gracia de Jesucristo, quien le declara justo. Naturalmente, esto no quiere decir que tal creyente deba entonces desentenderse de la voluntad divina y entregarse al pecado. Pero sí quiere decir que hay una diferencia importante entre la santidad y la pureza de vida. No somos santos porque seamos buenos, sino porque Dios es bueno. No somos santos por lo que hacemos, sino por lo que el Espíritu *Santo* hace en nosotros. Es por eso que Pablo puede dirigirse a los cristianos en Corinto como “santos” y luego señalar toda clase de error y de pecado entre ellos. Los corintios son santos, no porque sean absolutamente puros, sino porque han recibido la gracia de Jesucristo. Una vez más, esto no quiere decir que esos corintios

puedan entregarse entonces a toda clase de pecado y corrupción, como bien señala Pablo en sus cartas. Pero sí quiere decir que hay una diferencia entre la santidad y la pureza. La pureza no nos hace santos; pero la santidad sí nos llama a la pureza.

Lo que es cierto de los cristianos individuales lo es también de la iglesia. La santidad es ciertamente marca esencial de la iglesia, y hablar de una iglesia que no sea santa es una contradicción. Pero esa santidad no depende de la pureza de la iglesia, sino que se debe más bien a que su Cabeza es santa.

Es precisamente porque la Cabeza de la iglesia es santa, y porque estamos unidos a ella, que tiene lugar en los creyentes un proceso de santificación. Si tal proceso no existe, esto bien puede ser síntoma de que no se está verdaderamente unido a la santa Cabeza de la iglesia. Lo que sucede en realidad es que los creyentes, hechos santos en virtud de nuestra unión a Jesucristo, todavía tenemos que ser santificados, es decir, hechos más aptos para pertenecer a este santo cuerpo que es la iglesia. Es por eso que no podemos decir sencillamente que por ser creyentes ya somos santos, y quedarnos en eso. Somos santos, sí, pero todavía estamos

necesitados de esa obra de santificación mediante la cual el Espíritu Santo nos hace cada vez más aptos para pertenecer a este cuerpo al que se nos ha injertado gracias a la misericordia divina. Este santo cuerpo de Cristo que esta iglesia requiere también que a través de todos sus miembros, y dándoles vida, fluya sangre de santidad.

Todo esto quiere decir que, al mismo tiempo que ser santo no es lo mismo que ser puro, la santidad conlleva un proceso de santificación. Y esto es cierto tanto de los creyentes individuales como de la iglesia como un cuerpo.

Quando hablamos de una reforma de la iglesia en América Latina, esto es de suma importancia. Si no lo tomamos en cuenta, corremos el riesgo de empezar discutiendo todas las cosas que están mal dentro de nuestra iglesia. Ciertamente, hay en nuestras iglesias prácticas, prédicas e ideas que dejan mucho que desear. Pero si al hablar de una reforma de la iglesia en América Latina empezamos refiriéndonos a esas prácticas bien podemos caer en el peligro de pensar que si la iglesia necesita reforma es porque está corrompida, que nosotros somos los reformadores, y que cuando se establezcan las medidas y las prácticas que sugerimos la iglesia

no tendrá ya necesidad de reforma.

Cuando así entendemos las cosas y así hablamos, no ha de sorprendernos el hecho de que surja una fuerte resistencia contra lo que decimos. Esto se debe a que la impresión que se da entonces es que les estamos diciendo a las demás personas: “la iglesia de ustedes está corrompida, y somos nosotros quienes podemos ayudarles a reformarla”. Entonces nos presentamos como si supiéramos mejor que nadie qué es lo que la iglesia necesita hoy, y cómo cambiarla.

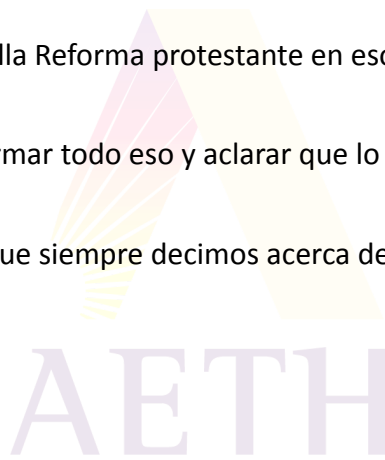
Pero no. Si la iglesia está en necesidad de una reforma ello se debe a que por su propia naturaleza la iglesia tiene que estar siempre en proceso de reforma. Hay una máxima famosa que se emplea frecuentemente entre los teólogos reformados, *ecclesia reformata semper reformanda secundum Verbum Dei* – una iglesia reformada siempre en proceso de reforma según la Palabra de Dios. De paso, vale la pena mencionar que esta frase, tan citada, y atribuida a diversos autores, en realidad es de origen desconocido. No sabemos quién la dijo por primera vez. Y quizá eso mismo sea importante, porque nos recuerda una vez más que no se trata de

que alguien tenga una gran visión de la reforma de la iglesia, sino que se trata del hecho de que la iglesia misma por su propia naturaleza tiene que estar en proceso de reforma. Lo importante no es quién lo dijo – lo cual nos es imposible saber – sino quién reforma a la iglesia constantemente. Y eso sí lo sabemos. Quien reforma a la iglesia, quien solo tiene el poder para reformar a la iglesia, como dice la máxima, *secundum Verbum Dei*, según el Verbo o Palabra de Dios, no es otro que ese mismo Dios, Espíritu Santo que se hace presente en la iglesia y se nos da a conocer mediante su Palabra.

Lo que quiero decir con todo esto es que necesitamos una nueva lectura de la Reforma protestante del siglo XVI que sea no solamente un análisis socio-político-económico de lo que aconteció en aquellos tiempos, sino también un análisis teológico. En el nivel de lo socio-político-económico, hablamos con razón de la importancia del creciente nacionalismo en los distintos países de Europa, del modo en que el papado había perdido prestigio a través de todo el proceso del papado en Aviñón, que hizo de los papas siervos de los reyes de Francia; luego el gran cisma, cuando hubo dos papas y a veces hasta tres; y todo eso involucrado en la Guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra, lo cual exacerbó los sentimientos

antipapales en Inglaterra y sus aliados. Desde ese punto de vista, la reforma tuvo lugar porque la iglesia, siempre en busca de mayores recursos económicos para embellecer a Roma, se dedicó a sacarle cuanto podía a la feligresía. Desde ese punto de vista, la Reforma logró subsistir porque el viejo sistema feudal ya no funcionaba.

Todo eso, y muchas otras razones semejantes, es cierto y es importante. Repetidamente he hablado y escrito acerca de aquella Reforma protestante en esos términos. Por eso, antes de seguir adelante hoy, quiero reafirmar todo eso y aclarar que lo que voy a decir no lo contradice, sino que busca ir más allá de lo que siempre decimos acerca de los orígenes de la Reforma.



Lo que propongo es que en esta ocasión tratemos acerca de la Reforma no meramente en términos de lo socio-político-económico, sino también en términos teológicos. Cuando así planteamos las cosas, lo primero que tenemos que decir, repito, es que toda reforma tiene lugar por obra del Espíritu Santo, y que los llamados reformadores no son sino instrumentos imperfectos que ese Espíritu emplea para sus divinos propósitos.

Y lo segundo que tenemos que decir, al menos tan importante como lo primero, es que la necesidad de una reforma no siempre es señal de corrupción ni de error, sino que bien puede ser también señal de obediencia y de bendición de Dios. Si es cierto que la iglesia ha de ser *reformata semper reformanda*, eso quiere decir que una iglesia que no está en proceso de reforma tampoco es una iglesia debidamente reformada. Y quiere decir también que la verdadera reforma, la que procede del Espíritu Santo de Dios, nunca es algo ya hecho, sino que es un proceso que no termina sino hasta el día final. Para hablar teológicamente sobre la reforma de la iglesia no debemos pensar tanto en términos de participio pasado, “reformada”, sino en términos de gerundio, “reformándose” o más bien “siendo reformada”.

Y lo tercero – quizá lo más sorprendente – es que los reformadores mismos, aun en medio del proceso reformador, y aun después de alcanzar el éxito, siempre dirían que la iglesia está en necesidad de reforma. Para Lutero, esto es sencillamente reflejo de la condición humana, y del hecho de que cada uno de nosotros, con el decir de Lutero, es “a la vez justo y pecador”. Los reformadores repetidamente se confesarían pecadores en constante necesidad de la gracia de Dios. Los reformadores nunca se consideraron santos porque sus actitudes y acciones fueran

particularmente puras o pías, sino porque sabían que habían sido reclamados y justificados, aun en medio de su pecaminosidad, por la gracia de Dios. Como diría Lutero, el creyente siempre es *simul justus et peccator*, a la vez justo y pecador. Esto se debe a que lo que hace justo al pecador no es su propia justicia, sino la gracia de Dios, que declara justo y justifica a quien todavía es pecador.

Y si eso es cierto de los creyentes individuales, también lo es de la iglesia. De igual manera que no se santo porque se sea más puro, tampoco la santidad de la iglesia radica en su pureza. Ciertamente, los creyentes han de hacer todo cuanto esté a su alcance por ser puros y obedientes a la voluntad de Dios, y así ser más aptos como miembros del cuerpo de Cristo. Y de igual manera la iglesia ha de hacer todo cuanto esté a su alcance por ser pura y obediente a la voluntad de Dios. Pero tales esfuerzos no son la verdadera razón por la cual los creyentes podemos llamarnos santos, ni tampoco la verdadera razón por la cual la iglesia es santa. El cristiano no es santo porque sus acciones sean buenas, sino que es santo porque ha sido reclamado por el Señor Santísimo. La iglesia no es santa por la pureza de sus miembros. La iglesia es santa por la santidad de su Cabeza.

En la vida del creyente individual, esto requiere una constante y renovada confesión de pecado.

La confesión de pecado es la otra cara de la moneda de la confesión de la gracia salvadora de Dios. No es que Dios un día nos salvó y ya no pecamos. Es más bien que día a día, aun en medio de nuestro pecado, Dios sigue declarándonos justos y santificándonos.

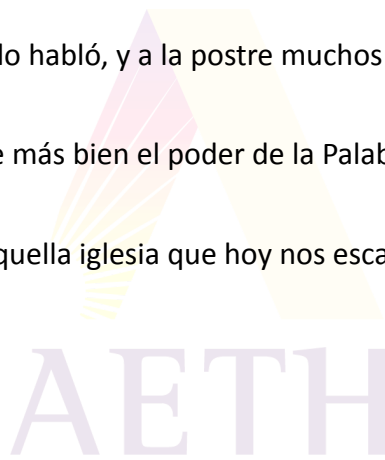
Y también de manera paralela, al igual que un creyente confiesa repetidamente su pecado en medio de su camino de santificación, así también la iglesia está en constante necesidad de reforma en medio de su camino hacia el día glorioso de la consumación final.

Si el principio de que la iglesia ha de ser *reformata semper reformanda* es cierto, eso quiere decir que la necesidad de reforma dentro de la iglesia es una realidad tan cotidiana y tan constante como la necesidad de confesión de pecado y de corrección de vida para cada uno de nosotros y nosotras.

Naturalmente, de igual manera que cuando el pecado es más grave se requiere una transformación más profunda, así también hay tiempos en que la iglesia requiere una

transformación particularmente profunda. Pero eso no quiere decir que la iglesia no haya estado siempre en proceso de reforma. Sin ese proceso, no hay iglesia. En ese proceso, aun en las condiciones de la peor corrupción, existe todavía el germen de la corrección y de la reforma.

Pensemos una vez más en Martín Lutero. Ciertamente, la iglesia de su tiempo se había olvidado de buena parte del evangelio. Ciertamente había una corrupción escandalosa. Pero la razón por la cual se escuchó a Lutero cuando habló, y a la postre muchos le siguieron, no fue el poder y la autoridad de Lutero, sino que fue más bien el poder de la Palabra de Dios que siempre había permanecido aun en medio de aquella iglesia que hoy nos escandaliza.



Una vez más, el principio de que la iglesia es *reformata semper reformanda* no termina ahí, sino que es un poco más extenso. La aseveración tradicional es *ecclesia reformata semper reformanda secundum Verbum Dei* – una iglesia reformada en constante reforma según el Verbo o Palabra de Dios. La razón por la cual aquella reforma del siglo XVI logró imponerse fue, no el valor de Lutero, ni la sabiduría de Calvino, ni el apoyo de los príncipes, sino que se fundamentó en ese Verbo o Palabra de Dios que es el fundamento no solo de toda reforma,

sino también de toda la creación.

Todo esto se ve en la vida del propio Lutero. Aunque muchas veces pensamos lo contrario, Lutero no se propuso reformar la iglesia y por eso clavó sus famosas 95 tesis. Así es que se ven las cosas cuando las miramos desde el día de hoy hacia el pasado. Pero aquel día 31 de octubre del 1517, cuando Lutero se acercaba a la puerta martillo en mano, no iba pensando que era necesario reformar la iglesia toda. Ciertamente tenía conciencia de muchos de los problemas que había en la iglesia. Pero no pensaba que él sería el gran reformador, ni tenía en mente un gran programa de reforma. Sencillamente, como pastor y profesor de Biblia que era, le preocupaba el modo en que la venta de indulgencias afectaba la fe y la vida del pueblo de Dios. Y sobre la base de esa preocupación invitaba a sus colegas en la universidad a discutir el tema de las indulgencias. Sin que él se lo propusiera, y sin su permiso, alguien tomó aquellas tesis, escritas originalmente en latín, las tradujo al alemán y las hizo circular. Inesperadamente, Lutero se encontró en medio de un torbellino que él nunca quiso crear, y que le arrebató llevando por caminos inesperados.

La Reforma no surgió de un proceso mediante el cual Lutero miró a su derredor, vio toda la corrupción que había, y se trazó un plan de reforma. La Reforma, aunque nacida en medio de la Universidad de Wittenberg, no fue producto de un comité dentro de esa universidad, ni siquiera de un grupo de profesores que se reunieran para discutir cómo reformar la iglesia. La Reforma surgió más bien de una preocupación pastoral inmediata cuyas consecuencias sorprendieron al propio Lutero.

Lo que es más, en tiempos de Lutero, y por más de siglo y medio antes de él, hubo grandes proyectos para reformar la iglesia. La corrupción era manifiesta. El escándalo del papado en Aviñón, luego el cisma entre dos presuntos papas, y por fin la captura del pontificado romano por una serie de papas que bien poco se interesaban en la vida de la iglesia y se dedicaban principalmente a engrandecer su propio poderío y el de la ciudad de Roma, creó un fuerte sentimiento de que era necesaria una reforma. Se hablaba de una reforma “desde la cabeza hasta los pies”, con lo cual se quería decir que había que empezar por reformar el papado o la alta jerarquía para que de allí el nuevo movimiento de vida espiritual se fuera expandiendo hasta alcanzar a toda la feligresía. La principal expresión de esa esperanza de una reforma

“desde la cabeza hasta los pies” fue el movimiento conciliar. Ante la corrupción del papado, hubo un creciente número de teólogos y de personas profundamente preocupadas por la vida de la iglesia quienes propusieron que el modo de resolver los grandes conflictos que había, y sobre todo de ponerles fin a prácticas corruptas tales como la simonía, el pluralismo y el absentismo, era convocar a un gran concilio en el que todos los líderes de iglesias se pusieran de acuerdo, primero, para determinar quién era el verdadero papa; y, segundo, para empezar un proyecto de reforma de la iglesia de la cabeza a los pies.

El concilio se reunió, pero los conflictos de intereses eran tales que era difícil alcanzar mucho. Por fin se determinó que ninguno de los dos pretendidos papas era legítimo, y se nombró un tercero. Pero, puesto que ninguno de los pretendientes aceptó el decreto de deposición, ahora resultó que había tres papas. Además, se propuso darle autoridad suprema al concilio para asegurarse de que el movimiento de reforma que se había iniciado no se desviara. Tras largos años de intereses encontrados, de vicisitudes políticas y de idas y venidas, el concilio mismo se dividió, de manera que ahora había un papa y dos concilios. El nuevo papado surgido de aquel proceso, frecuentemente llamado la “contrarreforma” o la “reforma católica”, siguió la

tendencia de buscar la reforma de la iglesia en todo que fuera cuestiones de moral y de administración eclesiástica, pero resistir a todo que fuera una reforma más profunda.

En una palabra, había por un lado un fuerte movimiento renovador que pretendía reformar la iglesia de la cabeza a los pies, empezando ciertamente por la cabeza, y a la postre la mayor parte de esa reforma quedó frustrada. Y había un monje agustino que ciertamente esperaba que los concilios reformaran la iglesia, pero que en el entretanto protestaba contra el abuso de las indulgencias y lo que eso implicaba para el pueblo de Dios. Se esperaba que el movimiento conciliar lo resolviera todo, y a la postre resolvió muy poco. Lutero no esperaba más que una discusión académica que posiblemente tendría consecuencias para la vida práctica de la iglesia, y lo que surgió fue toda una reforma de dimensiones cataclísmicas.

Si con todo ese trasfondo venimos ahora a la realidad de la iglesia en nuestra América, podemos hablar de ella de una manera diferente a como lo haríamos si nos olvidamos de esas realidades.

En primer lugar, todo lo que acabo de decir significa que para hablar de la necesidad de una reforma en nuestra América no es necesario empezar hablando de la corrupción que pueda haber, o de todo lo que está mal. Para hablar de la necesidad de reforma en la iglesia en nuestra América tenemos que empezar hablando de la naturaleza misma de la iglesia, que está en necesidad de reforma, no porque está corrompida – aunque lo esté – ni tampoco porque le falta algo – aunque le falte –, sino porque eso mismo es la verdadera iglesia: *reformata semper reformanda*, no solo reformada, sino también en constante proceso de reforma.

Si la reforma que necesitamos ha de aprender algo de aquella otra Reforma del siglo XVI, y si ha de ser también una genuina reforma guiada por el Espíritu Santo, entonces quizá lo primero que tengamos que hacer sea admitir humildemente que nuestra tarea no es hacer todo un plan de reforma para la iglesia, sino más bien ver dónde es que el Espíritu de Dios nos está llamando a ser fieles en el día de hoy y en el lugar en que estamos. De igual manera que Lutero no proyectó todo el curso de la Reforma antes de aquel 31 de octubre del 1517, sino que sencillamente hizo lo que Dios le llevaba a hacer en el momento, así también nosotros, al hablar ahora de una reforma de la iglesia en América Latina en estos días de mediados de

agosto del 2017, no tenemos por qué trazarnos amplios planes de reforma antes de emprender la obra reformadora a que el Espíritu nos está llamando.

La segunda lección que aprendemos de todo eso es que no debemos esperar que la Reforma venga de los centros de poder de la iglesia, o de las proyecciones de un comité, o de las resoluciones de alguna asamblea o convención. En todos esos sitios bien puede haber una sed de reforma como la que había en buena parte de la iglesia ya desde largo tiempo antes de Lutero. De todos esos sitios pueden venir buenas ideas y fuertes vientos de reforma. Pero no podemos sencillamente desentendernos de nuestra propia tarea reformadora y esperar que la Reforma venga, por así decir, de la cabeza a los pies, pues los que están necesitados de reforma no son solamente los pies, sino también la cabeza – y esto, repito, no quiere decir que haya una corrupción inusitada en la cabeza, ni tampoco en los pies, sino que es resultado de la naturaleza misma de la iglesia, que ha de existir siempre en medio de un proceso de reforma – *reformata semper reformanda*.

¿Qué hemos de decir entonces acerca de la necesidad de una reforma de la iglesia evangélica

en nuestra América? ¿Qué hemos de decir acerca de los puntos más importantes de esa reforma?

Si tomamos como paradigma la Reforma del siglo XVI, y lo que vimos en la primera de esta serie de conferencias, resulta claro que una verdadera reforma no puede ser sencillamente una serie de ajustes en las prácticas, ni tampoco puede limitarse a un proceso de purificación moral. Lo que hizo que la Reforma protestante del siglo XVI hiciera tal impacto que llega hasta nuestros días fue que no se basó sencillamente en la necesidad de limpiar toda la corrupción que existía en la iglesia, sino mucho más en un regreso a un entendimiento bíblico de temas tales como la justificación. La gran diferencia entre la Reforma católicorromana del siglo XVI y la Reforma protestante estuvo precisamente en que, mientras la primera se ocupaba de purificar las costumbres dentro de la iglesia al tiempo que insistía en sus viejas posturas teológicas, la segunda, la Reforma protestante, mediante un regreso a la Biblia cuestionaba no solamente las prácticas y costumbres de su tiempo, sino que hacía resaltar un punto doctrinal que había quedado olvidado: la justificación por la fe.

¿Habrá entonces algún punto doctrinal que la iglesia evangélica de hoy en nuestra América parezca haber olvidado? ¿Será posible ver en ese olvido algunos de los problemas a que nos enfrentamos hoy?

Cuando me hago tal pregunta, veo varias respuestas que sería bueno que la iglesia explorara. Al señalarlas, no pretendo trazar un plan de reforma, sino sencillamente provocar alguna discusión entre quienes han de ser los verdaderos reformadores, es decir, entre ustedes y todo el pueblo de Dios. Recordemos que las 95 tesis de Lutero no eran en realidad un programa de reforma. Ni siquiera eran 95 aseveraciones definitivas, pues varias de ellas eran preguntas que Lutero planteaba para discusión general. De igual manera, lo que ahora sugiero no es un programa de reforma ni son tampoco una serie de tesis definitivas, sino son más bien algunas sugerencias y algunas preguntas que me hago y que deseo compartir cuando pensamos en conjunto sobre el camino que ha de tomar una reforma de la iglesia nuestra América.

En primer lugar, me parece que es necesario volver sobre lo que acabo de decir acerca del verdadero carácter de la santidad. Por largas razones históricas, que nos vienen en parte de

nuestras tradiciones dentro del catolicismo, y en parte de entendimientos que nos dejaron los primeros misioneros, en nuestras iglesias parece predominar un entendimiento de la santidad en el que el énfasis recae, no sobre la acción de Dios en nosotros y en nuestras iglesias, sino en nuestro comportamiento y en el de nuestras iglesias. Según ese entendimiento, lo que hace que la iglesia sea santa no es que su cabeza sea santa, sino que sus miembros sean puros e intachables.

La consecuencia práctica de tal entendimiento es algo que vemos a diario. En una iglesia cualquiera, surge un grupo que por alguna razón se considera más santo que los demás y decide irse para formar una iglesia verdaderamente santa. Pero, como bien sabemos, a los pocos años dentro de esa iglesia supuestamente santa surge otro grupo todavía más santo que se separa para crear una iglesia nueva. De una iglesia supuestamente más pecadora surge una iglesia supuestamente más santa; de esa iglesia más santa surge otra santísima; esa iglesia santísima surge otra requete santísima; y así siguen las cosas hasta el infinito.

En tales condiciones, el error no está en que no seamos suficientemente santos, ¡sino en que

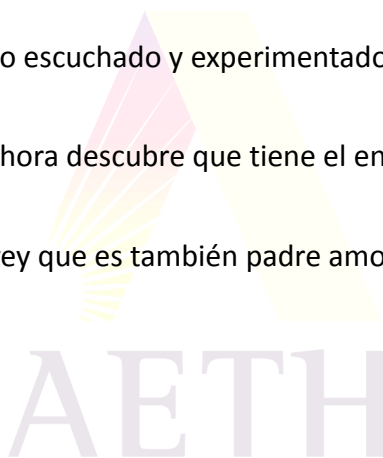
somos santos y no lo sabemos! Pensamos que por nuestro pecado dejamos de ser santos. Pero lo cierto es que somos santos por la gracia de Jesucristo aun en medio de nuestro pecado. Pensamos que podemos dejar tal o cual iglesia porque en ella hay pecado, cuando lo cierto es que dondequiera que vayamos seguiremos siendo pecadores, y que la iglesia que dejamos es santa, no porque sus miembros sean puros, sino porque su Cabeza es santa. Ciertamente, en todas las iglesias hay problemas y pecado, y en algunas más que en otras. Ciertamente, hay que luchar contra toda forma de corrupción y de pecado. Pero si andamos buscando una iglesia pura y sin pecado no la encontraremos.

Luego, me permito sugerir la posibilidad de que la nueva reforma de la iglesia en nuestra América surja de un redescubrimiento del verdadero sentido de la santidad de la iglesia. Ese redescubrimiento, si lo entendemos correctamente, tendrá varias dimensiones.

En segundo lugar, sugiero que algo de lo que señalé en otra conferencia acerca de la iglesia antigua está resurgiendo en nuestra América hoy. Me refiero a lo que dije acerca del pueblo de Dios como un real sacerdocio, y del bautismo como una unción que nos hace a la vez reyes y

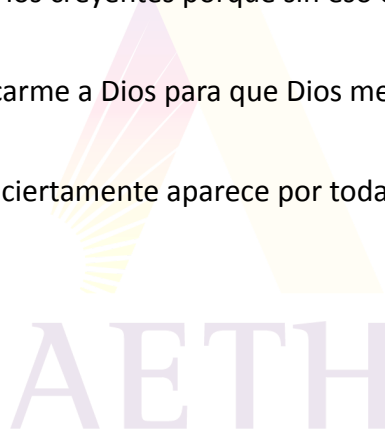
sacerdotes.

Si algo resulta claro en muchos de nuestros cultos es que lo que está aconteciendo en ellos es que buena parte de un pueblo a quien repetidamente se dice que no es nadie, buena parte de un pueblo aparentemente sin poder, ahora en la iglesia se regocija por ser hijos e hijas del gran Rey. El gozo que veo en los rostros y los gestos de buena parte del pueblo con que adoro es el gozo inusitado de quien, habiendo escuchado y experimentado repetidamente que en el orden de la sociedad carece de poder, ahora descubre que tiene el enorme poder de acudir al trono celestial y ser escuchado por un rey que es también padre amoroso.



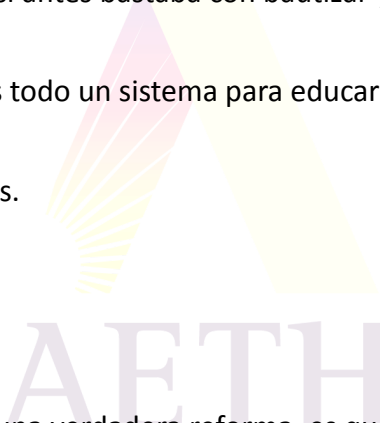
Aunque nos pueda parecer que tales emociones son sencillamente un modo de escapar de las realidades de la vida, la verdad es que son también un modo de crear una nueva realidad; una realidad en la que se cumple aquello de que “los primeros serán postreros”; y por tanto una nueva realidad que es liberadora y que subvierte los esquemas de poder que dominan en la sociedad.

Quizá lo que nos falte en todo esto sea reafirmar el hecho de que el bautismo no solamente nos hace pueblo real, sino también sacerdocio santo. Con esto quiero decir que tenemos que aprender que nuestro acceso al trono celestial no es solamente para nosotros mismos y para nuestros allegados, sino para toda esta creación de Dios. Si somos hechos un real sacerdocio esto no es ante todo para que pidamos por nosotros mismos, sino también para que pidamos por quienes ni siquiera saben ni se atreven a pedir. Creo que nos hace falta redescubrir esta dimensión del real sacerdocio de los creyentes porque sin eso caemos en un cristianismo utilitario, cuyo propósito es acercarme a Dios para que Dios me dé lo que yo necesito o quiero. Y tal entendimiento de la fe, que ciertamente aparece por todas partes en nuestra América, deja mucho que desear.



En tercer lugar, me parece que si de veras vamos a tener una reforma radical de la iglesia en nuestra América tenemos que empezar por restaurar algo semejante al programa catequético de la iglesia antigua, o a lo que buscaban alcanzar con sus catecismos para niños y adultos Lutero, Calvino y otros. Allá por el siglo segundo, y también por el 16, resultaba claro que era necesario enseñarle al pueblo los rudimentos de la fe. En el siglo segundo, eso se debía a que

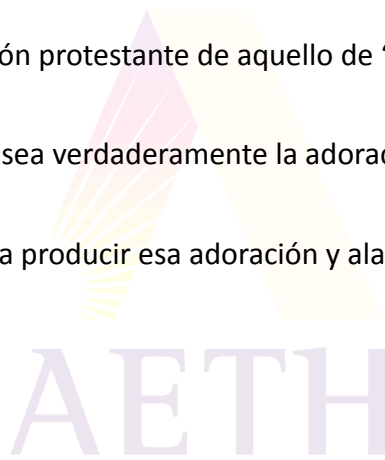
ahora la iglesia se abría campo entre los gentiles paganos que no tenían la más mínima idea de la fe bíblica. En el siglo XVI, esa necesidad surgía de la urgencia de enseñarle a todo el pueblo los elementos esenciales de la fe, muchos de los cuales habían quedado olvidados a través de los siglos. Hoy en nuestra América se debe en buena medida a que todo el continente está pasando por un rápido proceso de secularización. Cuando los primeros protestantes llegaron a predicar a nuestra América, la población en general tenía conocimientos de la fe que hoy son cada vez más escasos. Por tanto, si antes bastaba con bautizar y a ser miembro de la iglesia a quien lo pidiera, hoy necesitamos todo un sistema para educar a los nuevos miembros y quizá también para reeducar a los viejos.



Parte de esto, si hemos de tener una verdadera reforma, es que ese programa de enseñanza no se dedique a subrayar las características y doctrinas particulares de una denominación, sino que distinga claramente entre tales cosas y lo que son las doctrinas esenciales de la fe cristiana. No estamos ya en hora de convencer a la gente para que sean bautistas, presbiterianos o pentecostales, sino más bien de llamarles a ser miembros del gran cuerpo de Cristo de que todos somos parte.

En cuarto lugar, ya que antes me referí a lo que acontece en el culto, sugiero que es importante que recordemos cómo el culto se relaciona con todo esto y con lo demás que hemos dicho en estos días.

No podemos olvidar lo que decíamos antes acerca del sacerdocio universal, y de la necesidad de que el culto sea verdaderamente comunitario. Un culto en lo que unos pocos adoran y otros admiran no es más que una versión protestante de aquello de “oír misa”. Tenemos que asegurarnos de que la adoración sea verdaderamente la adoración de la comunidad, y que los dirigentes sean instrumentos para producir esa adoración y alabanza comunitaria.



Si es verdad aquello de que el modo en que se adora lleva al modo en que se cree, entonces nuestra fe continuará siendo individualista y privatizante mientras sigamos cantando únicamente en primera persona del singular. Si yo le canto a Dios por mi salvación y le doy gracias por lo que ha hecho por mí, y no por la salvación de toda la comunidad y por lo que Dios ha hecho por ella, se me hará difícil pensar en términos de una comunidad de fe.

Y si la santidad no es lo mismo que la pureza moral, sino que consiste más bien en una relación con Dios en la que nos regocijamos en la gracia de Dios porque reconocemos nuestro pecado, entonces será necesario restaurar a nuestro culto, más allá de todas las acciones de alabanza y adoración, también acciones de confesión en las que nos declaremos culpables, pidamos perdón y nos regocijemos por la gracia con que Dios nos perdona.

Y en quinto pero primerísimo lugar – y esto no es ya sugerencia, sino afirmación absoluta – tenemos que recordar que para todo esto es necesaria la presencia y el poder del Espíritu Santo. Si es cierto que la santidad de la iglesia se fundamenta en su unión con la Santa Cabeza que es Cristo, no podemos olvidar que el vínculo de esa unión es el Espíritu Santo. Si hemos de ser un pueblo sacerdotal, lo seremos únicamente cuando sea el Espíritu quien ruegue en nosotros. Si nuestro culto ha de alcanzar las alturas celestiales, solo lo hará si se eleva en alas del Espíritu. Si en ese culto hemos de confesar nuestro pecado, solo podremos hacerlo verdaderamente si el Espíritu nos convence de pecado. Si hemos de dar gracias a Dios por nuestra justificación, solo podremos conocer esa justificación por obra del Espíritu Santo. Si hemos de enseñar a otros los principios de nuestra fe, tendrá que ser el Espíritu quien inspire

nuestra enseñanza también a quien la recibe.

Ese énfasis en el Espíritu, que es esencial para la reforma y para la vida misma de la iglesia, ha venido a ser nota característica del protestantismo latinoamericano. Ciertamente, hay extremos y desviaciones que tenemos que resistir y rechazar. Pero no cabe duda de que en nuestra América está soplando el mismo Espíritu que desde los tiempos primigenios se movía sobre la faz de las aguas. Y es precisamente por la presencia de ese Espíritu que me atrevo a terminar con una sugerencia que puede ser atrevida, pero que bien vale la pena considerar: ¿No será que, en lugar de hablar única o primeramente de la reforma de la iglesia que es necesaria en nuestra América empecemos a pensar en la posibilidad de que este siglo se caracterice por una nueva reforma universal que será al menos tan importante y tan abarcadora como la que tuvo lugar en el siglo XVI? Y, si aquella reforma de hace cinco siglos surgió inesperadamente en lo que entonces era un rincón de la cristiandad, ¿no será que la nueva reforma del siglo XXI, reforma que alcanzará hasta los confines de la tierra, saldrá de lo que ya está teniendo lugar en la iglesia de nuestra América? ¿No será que, así como aquel oscuro un monje agustino martillo en mano marchaba hacia un futuro que él mismo ni siquiera sospechaba, así también hoy ya se

estén dando en distintos lugares en nuestra América martillazos cuyo eco no sospechamos?

Si así fuere, no será obra nuestra, sino obra del mismo trino Dios que guió a la iglesia en sus primeros pasos, que la guió a través de las tempestades del siglo XVI, y que la guía hoy según sus secretos designios.

Sea cual fuere el caso, a ese Dios sea la gloria, y la honra, y la alabanza por todos los siglos.

Amén.

